

Queridos miembros del Movimiento Comunión y Liberación:

Estoy contento de poderlos encontrar en esta celebración eucarística y les agradezco la invitación que me han hecho. Los saludo con gran gozo y alegría en el nombre del Santo Padre Francisco que ayer fue elegido como el nuevo Papa. Es para mí un honor particular de representar al Papa argentino en su querida Patria. Hemos orado mucho por su elección, ahora expresamos nuestra profunda gratitud al Señor por el don que nos ha hecho en la persona del querido Cardenal Jorge María Bergoglio.

Vivimos al mismo tiempo el período litúrgico de la Cuaresma, que este año celebramos en el ámbito del Año de la Fe. ~~es~~ <sup>Es</sup> ~~esta~~ <sup>una</sup> iniciativa providencial, la que con la renuncia del Santo Padre y la elección de nuevo Papa, ha dado una sacudida a toda la Iglesia. Es, por lo tanto, un momento importante que nos invita a la reflexión y a la oración para volvernos al encuentro con el Señor, que es el único que en las dificultades y trabajos de nuestro tiempo puede restituirnos la confianza y ratificarnos en la fe.

Como el pueblo de la antigua alianza, con frecuencia nos desanimamos por la aparente ausencia de Dios. Los textos de la Sagrada Escritura que acabamos de escuchar nos recuerdan el desafío a todo creyente, es decir el misterio de la invisible majestad de Dios. El pueblo de Israel no dudaba de que el Señor haya sido el que los había salvado de la esclavitud. Él era entonces su Dios, pero a este Dios que se había revelado a Moisés lo sentían muy lejano y muy espiritual. Ellos pedían algo más visible, que se pudiera tocar y adorar,

una representación de Dios como lo querían las costumbres de las otras naciones. El Dios que se les revelaba a ellos era un Dios que inspiraba admiración, pero al mismo tiempo temor y miedo. Por esto encargaban a Moisés que los representara ante el Señor.

Pero mientras este último estaba sobre el monte en diálogo con el Señor, el sacerdote Aarón había cedido a las presiones del pueblo que pedía un Dios visible: “Fabrícanos”, pidieron, “un dios que vaya al frente de nosotros, porque no sabemos qué le ha pasado a Moisés, ese hombre que nos hizo salir de Egipto” (Ex. 32, 1). Ni tampoco el sacerdote Aarón estaba a la altura de la espiritualidad y de la trascendencia divina, no obstante la clara prohibición del libro de la Alianza que no permitía la producción de esculturas o imágenes de Dios (Ex. 20, 3-4). El salmo 105 toma bien la situación cuando comenta sarcásticamente la historia del ternero de oro diciendo: “Adoraron una estatua de metal fundido: así cambiaron su Gloria por la imagen de un toro que come pasto”.

La misma historia lenta y tortuosa enseñará a Israel que no se ha puesto en camino para ser un pueblo como los otros y para tener también su independencia nacional, sino para servir a Dios con un nuevo culto espiritual y con la vida, y para crear un lugar donde Dios está presente y es adorado en el mundo. Esta historia de salvación culmina con la encarnación de la imagen perfecta que Dios nos ha dado en su Hijo Jesucristo. En Él el anhelo de Israel dirigido a ver a su Dios se realiza. “Al final”, dice el Papa Benedicto, “ya no se espera a un solo rey, David, a un hijo de David, sino a un ‘Hijo del Hombre’, la salvación de todos los pueblos” (Audiencia General (12, 12. 2012).

Pero como lo demuestra el diálogo entre Jesús y los judíos, ahora tiene lugar lo contrario de cuanto sucedió en el monte Horeb. Finalmente, Dios está presente entre ellos en una persona que se puede ver y tocar, pero lo rechazan como impostor. Ellos mismos habían enviado mensajeros a Juan, y él había dado testimonio de la verdad, es decir de Jesús, mientras que el mismo Juan era sólo una “lámpara que ardía y resplandecía” y de la cual ellos “han querido gozar un instante de su luz”. En cambio ahora les estaba hablando el Hijo del Hombre, en el cual Dios se ha dado un rostro humano. De él hablan las Escrituras y en él se cumplen las promesas de Dios. Pero ¿cómo creer que el Dios que se ha presentado a sus padres en los rayos y en el trueno, se haya rebajado tanto hasta llegar a ser uno de ellos? Esta situación puede hacernos comprender el impacto que la persona y el mensaje de Jesús ha tenido sobre sus contemporáneos, y me pregunto con frecuencia, qué habría hecho yo, si me hubiera enfrentado con la misma novedad de lo que Jesús representaba para los judíos. En cambio nosotros tenemos la ventaja del testimonio de dos mil años de fe, pero con la desventaja de que casi hemos olvidado la revolución que la encarnación significa para nosotros y el mundo.

Pero el mayor reproche de Jesús a sus interlocutores, y quizá también a nosotros, es que no conocemos el amor del Padre, que es el amor ardiente la causa de su elección y de las promesas. En Jesús este amor del Padre busca la comunión con los hombres. El es una cosa sola con el Padre e invita a formar parte de esta comunión. Pero lo que es necesario es la fe en Jesús que es la puerta a través de la cual se entra en esta comunión que representa el comienzo de la nueva

humanidad, en la cual se entrevé al mismo tiempo el destino final del hombre y de su historia. En esta comunión nos convertimos finalmente en “la imagen de Dios”, es decir en hijos e hijas de Dios, la nueva creación.

Por lo tanto el verdadero desafío también para nosotros, es la fe en Jesús Hijo de Dios. Pero como ha dicho el Papa Benedicto XVI en muchas ocasiones: esta fe no es, en primer lugar, una moral o una ética, sino que “es acontecimiento del amor, a acoger a la persona de Jesús” (Audiencia General, (14.11.2012)

Este estar enamorado de Jesús era también el misterio de la vocación de su fundador. Al respecto me ha quedado grabada la homilía del entonces Cardenal Ratzinger en ocasión de las exequias de Don Giussani, en la cual ha subrayado en su fundador sobre todo “este enamoramiento en Cristo, esta historia de amor” que también le ha dado “el don de discernimiento, de descifrar de manera justa los signos de los tiempos en un tiempo difícil, pleno de tentaciones y de errores...”. (24.02.2005).

Y este enamoramiento de Cristo en la fe es el que se convierte en fuente de libertad, que jamás es individualista, sino que implica también la comunión con los otros. El mismo Cardenal Ratzinger ha dado una definición del carisma de su Movimiento cuando dijo: “Una libertad aislada, una libertad sólo para el yo, sería una mentira y debería destruir la comunión humana. La libertad para ser verdadera, y por lo tanto para ser también eficiente, tiene necesidad de la comunión, y no de cualquier comunión, sino últimamente de la comunión con la verdad misma, con el amor mismo, con Cristo, con el

Dios trinitario. Así se construye comunidad que crea libertad y dona alegría” (ibídem).

En un tiempo como el nuestro, lleno de tentaciones y de confusión, su carisma une hasta lo más hondo los deseos más profundos del corazón humano: la comunión con Dios y, en Dios, la comunión del género humano. Y luego la libertad humana se recibe como don de esta comunión con Cristo resucitado, nuestro camino, verdad y vida (Jn. 14, 6). Don Giussani, hablando de la libertad, observaba: “...la libertad se manifiesta, conforme a su verdadera naturaleza, como adhesión al Ser y, por consiguiente, a Cristo. El afecto a Cristo está destinado a perdurar aún dentro de la incapacidad, de la gran debilidad que tiene el hombre”. En Cristo se manifiesta, según el pensamiento de Don Giussani, el último gran misterio de la relación entre la creatura y el creador: la misericordia, porque en ella “desborda cualquier imagen humana de tranquilidad o de desesperación; incluso el sentimiento de perdón pertenece al misterio de Cristo” (01.06.1989).

Por lo tanto mi oración es que ustedes continúen siendo ejemplo de comunión y testigos de la verdad, para que nuestros contemporáneos encuentren la verdadera libertad en la persona de Cristo, la imagen perfecta de Dios; y que amando contribuyan a la construcción de la nueva humanidad que tiene como meta definitiva la unión de todo el género humano bajo la soberanía de Cristo el Señor. Así sea. Amén.